

BIBLIOTECA DE "EL UNIVERSAL."

PEREZ GALDOS

EPISODIOS NACIONALES

LA CORTE DE CARLOS IV.



MEXICO

IMP. DE «EL UNIVERSAL.»—DON JUAN MANUEL, 3.

1896

LA CORTE DE CARLOS IV.

I

Sin oficio ni beneficio, sin parientes ni habientes, vagaba por Madrid un servidor de ustedes, maldiciendo la hora menuada en que dejó su ciudad natal por esta inhospitalaria Corte, cuando acudió á las páginas del *Diario* para buscar ocupación honrosa. La imprenta fué mano de santo para la desnudez hambre, soledad y abatimiento del pobre Gabriel, pues á los tres dias de haber entregado á la publicidad en letras de molde las altas cualidades con que se creía favorecido por la naturaleza, le tomó á su servicio una cómica del teatro del Principe, llamada Pepita González ó la González. Esto pasaba á fines de 1805; pero lo que voy á contar ocurrió dos años después, en 1807, y cuando yo tenía, si mis cuentas son exactas, dieciseis años; lindando ya con los diecisiete.

Después os hablará de mi ama. Ante todo debo decir que mi trabajo, si no escaso, era divertido y muy propio para adquirir conocimiento del mundo en poco tiempo. Enumeraré las ocupaciones diurnas y nocturnas en que empleaba, con todo el celo posible, todas mis facultades morales y físicas. El servicio de la histrionisa me imponía los sigeientes deberes:

Ayudar al peinado de mi ama, que se verificaba entre do-

con una, bajo los auspicios del maestro Richiardiní, artista napolitano, á cuyas divinas manos se encomendaban las principales testas de la Corte.

Ir á la calle del Desengaño en busca del *Blanco de perla* del *Elixir de Circasia*, de la *Pomada á la Sultana* ó de los *Polvos á la Marechala*, drogas muy ponderadas, que vendía un monsieur Gastan, el cual recibió el secreto de confeccionarlas del mismo alquimista de María Antonieta.

Ir á la calle de la Reina, número 21; cuarto bajo, donde existía un taller de estampación para pintar las telas; pues en aquel tiempo los vestidos de seda, generalmente de color claro, se pintaban según la moda, en términos que, cuando esta pasaba, se volvían á pintar con distintos ramos y dibujos, realizando así una alianza feliz entre la moda y la economía, para envejezamiento de los venideros tiempos.

Llevar por las tardes una olla con restos de puchero, mendrugos de pan y otros despojos de comida, á Don Luciano Francisco Comella, autor de comedias muy celebradas, el cual se moría de hambre en una casa de la calle de la Berenjena, en compañía de su hija, que era jorobada, y le ayudaba en los trabajos dramáticos.

Limpiar con polvos, la corona y el cetro que sacaba mi ama haciendo de reina de Mongolia en la representación de la comedia titulada *Perderlo todo en un día por un ciego y loco amor y el falso Czar de Moscovia*.

Ayudarla en el estudio de sus papeles, especialmente en el de la comedia *Los inquilinos de Sir Jonh ó la familia de la India, Juanito y Coleta*, para lo cual era preciso que yo recitase la parte de *Lord Lulleswing*, á fin de que ella comprendiese bien el de *milady Pankoff*.

Ir en busca de la litera que había de conducirla al teatro y cargar también dicho mueble cuando era preciso.

Concurrir á la cazuela del teatro de la Cruz, para silbar despiadadamente *El sí de las niñas*, comedia que mi ama aborrecía, tanto por lo menos como á las demás del mismo autor.

Pasearme por la plazuela de Santa Ana, fingiendo que

raba á las tiendas, pero prestando disimulada y perspicua atención á lo que se decía en los corrillos allí formados por cómicos ó saltarines, y cuidando de pescar al vuelo lo que charlaban los de la Cruz en contra de los del Príncipe.

Ir en busca de un billete de balcón para la plaza de toros, bien al despacho, bien á la casa del banderillero Espinilla, que le tenía reservado para mi ama, cual obsequio de una amistad tan fina como antigua.

Acompañarla al teatro, donde me era forzoso tener el cetro y la corona, cuando ella entraba después de la segunda escena del segundo acto, en *El falso Czar de Moscovia*, para salir luego convertida en reina, confundiendo á Osloff y á los magnates que la tenían por buñolera de esquina.

Ir á avisar puntualmente á los *mosqueteros* para indicarles los pasajes que debían aplaudir fuertemente en la comedia y en la tonadilla, indicándoles también la función que preparaban *los de allá* para que se apercibieran con patriótico celo á la lucha.

Ir todos los días á casa de Isidoro Maíquez con el aparente encargo de preguntarle cualquier cosa referente á vestidos de teatro; pero con el fin real de averiguar si estaba en su casa cierta y determinada persona, cuyo nombre me callo por ahora.

Representar un papel insignificante, como de paje que entra con una carta, diciendo simplemente *tomad*, ó de *hombre del pueblo primero*, que exclama al presentarse la multitud ante el rey: *Señor, justicia, ó á tus reales plantas, coronado apéndice del sol*. (Esta clase de ocupación me hacía dichoso por una noche.

Y por este estilo otras mil tareas, ejercicios y empleos que no cito, porque acabaría tarde, molestando á mis lectores más de lo conveniente. En el transcurso de esta puntual historia irán saliendo mis proezas y con ellas los diversos y complexos servicios que presté. Por ahora voy á dar á conocer á mi ama, ya sin par Pepita González, sin omitir nada que pueda dar perfecta idea del mundo en que vivía.

Mi ama era una muchacha más graciosa que bella, si bien aquella primera cualidad resplandecía en su persona de un mo-

do tan sobresaliente, que la presentaba como perfecta sin serlo. Todo lo que en lo físico se llama hermosura, y cuanto en lo moral lleva el nombre de expresión, encanto, coquetería, monería, etc., estaba reconcentrado en sus ojos negros, capaces por sí solos de decir con una mirada más que dijo Ovidio en su poema sobre el arte que nunca se aprende y que siempre se sabe. Ante los ojos de mi ama dejaba de ser una hipóbole aquello de *combustibles áspides y flamígeros ópticos disparos*, que Cañizares y Añorbe aplicaban á la mirada de sus heroínas.

Generalmente, de los individuos que conocimos en nuestra niñez, recordamos ó los accidentes más marcados de su persona, ó algún otro que, á pesar de ser muy insignificante, queda, sin embargo, grabado de un modo indeleble en nuestra memoria. Esto me pasa á mí con el recuerdo de la González. Cuando la traigo al pensamiento, se me representan clarísimamente dos cosas, á saber: sus ojos incomparables, y el taconeo de sus zapatos, *abreviadas cárceles de sus lindos pedestales*, como dirían Valladares ó Moncín.

No sé si esto bastará para que ustedes se formen idea de mujer tan agraciada. Yo, al recordarla, veo aquellos grandes ojos negros, cuyas miradas resucitaban un muerto, y oigo el *típ tap* de su ligero paso. Esto basta para hacerla resucitar en el recinto obscuro de mi imaginación, y, no hay duda, es ella misma. Ahora caigo en que no había vestido, ni mantilla, ni lazo, ni garrambaina que no le sentase á maravilla; caigo también en que sus movimientos tenían una gracia especial, un cierto no sé qué, un encanto indefinible que podrá expresarse cuando el lenguaje tenga la riqueza suficiente para poder designar con una misma palabra la malicia y el recato, la modestia y la provocación. Esta rarísima antítesis consiste en que nada hay más hipócrita que ciertas formas de composición, ó en que la malignidad ha descubierto que el mejor medio de vencer á la modestia es imitarla.

Pero sea lo que quiera, lo cierto es que la González electrificaba al público con el airoso meneo de su cuerpo, su hermosa voz, su patética declamación en las obras sentimentales

y su inagotable sal en las cómicas. Igual triunfo tenía siempre que era vista en la calle por la turba de sus admiradores y mosqueteros, cuando iba á los toros en calésa ó simón, ó al salir del teatro en silla de mano. Desde que veían asomar por la ventanilla el risueño semblante guarnecido por los encajes de la blanca mantilla, la aclamaban con voces y palmas diciendo: «Ahí va toda la gracia del mundo, viva la sal de España,» ú otras frases del mismo género. Estas ovaciones callejeras les dejaban á ellos muy satisfechos, y también á ella, es decir, á nosotros, porque los criados se apropiaban siempre una parte de los triunfos de sus amos.

Pepita era sumamente sensible, y según mi parecer, de sentimientos muy vivos y arrebatados, aunque por efecto de cierto disimulo, tan sistemático en ella, que parecía segunda naturaleza, todos la tenían por fría. Doy fe, además, de que era muy caritativa, gustando de aliviar todas las miserias de que tenía noticia. Los pobres asediaban su casa, especialmente los sábados, y una de mis más trabajosas ocupaciones consistía en repartirles ochavos y mendrugos, cuando no se los llevaba todos el Sr. de Comella, que se comía los codos de hambre, sin dejar de ser el *asombro de los siglos* y el primer dramático del mundo. La González vivía en una casa, sin más compañía que la de su abuela, la octogenaria doña Dominguita, y dos criados de distinto sexo, que la servíamos.

Y después de haber dicho lo bueno, ¿se me permitirá decir lo malo, respecto al carácter y costumbres de Pepa González? No, no lo digo. Téngase en cuenta, en disculpa de la muchacha ojinegra, que se había criado en el teatro, pues su madre fué *parte de por medio* en los ilustres escenarios de la Cruz y los Caños, mientras su padre tocaba el contrabajo en los Sitios y en la Real capilla. De esta infeliz y mal avenida coyunda nació Pepita, y excuso decir que desde la niñez comenzó á aprender el oficio, con tal precocidad, que á los doce años se presentó por primera vez en escena, desempeñando un papel en la comedia de D. Antonio Frumeto, «Sastre, rey y reo á un tiempo, ó el sastre de Astracán. Conoció

pues, la escuela, los hábitos poco austeros de aquella alegre gente, á quien el general desprecio autorizaba en cierto modo para ser peor que los demás, ¿no sería locura exigir de mi ama una rigidez de principios, que habrían sido suficientes, dadas las circunstancias de su vida, para asegurarle la canonización?

Réstame darla á conocer como actriz. En este punto debo decir que en aquel tiempo me parecía excelente: ignoro el efecto que su declamación produciría en mi hoy si la viera aparecer en el escenario de cualquiera de nuestros teatros. Cuando mi ama estaba en la plenitud de sus triunfos, no tenía rivales temibles con quienes luchar. María del Rosario Fernández, conocida por la *Tirana*, había muerto el año de 1803. Rita Luna, no menos famosa que aquella, se había retirado de la escena en 1806; María Fernández, denominada la *Caramba*, también había desaparecido. La Prado, Josefa Virg, María Ribera, María García y otras de aquel tiempo, no poseían extraordinarias cualidades; de modo que si mi ama no sobresalía de un modo notorio sobre las demás, tampoco su estrella se oscurecía ante el brillo de ningún astro enemigo. El único que entonces atraía la atención general y los aplausos de Madrid entero, era Máiquez, y ninguna actriz podía considerarle como rival, no existiendo generalmente el antagonismo y la emulación sino entre los dioses de un mismo sexo.

Pepa González estaba afiliada al bando de los anti-Moratistas, no sólo porque en el círculo por ella frecuentado abundaban los enemigos del insigne poeta, sino también porque personalmente tenía no se qué motivos de irreconciliable resentimiento contra él. Aquí tengo que resignarme á apuntar una observación que por cierto favorece bien poco á mi ama; pero como para mí la verdad es lo primero, ahí va mi parecer, mal que pese á los mánes de Pepita González. Mi observación es que la actriz del Príncipe no se distinguía por su buen gusto literario, ni en la elección de obras dramáticas, ni tampoco al escoger los libros que daban alimento á su abundante lectura. Verdad es que la pobrecilla no había leído á Luzán, ni á Montiano, ni tenía noticia de la sátira de Jorge Pitillas, ni mor-

tal alguno se había tomado el trabajo de explicarle á Batteaux ni á Blair, pues cuantos se acercaron á ella tuvieron siempre más presente á Ovidio que á Aristóteles, y á Bocaccio más que á Despreaux.

Por consiguiente, mi señora formaba bajo las banderas de D. Elcuterio Crispín de Andorra, con perdón sea dicho de cejijuntos Aristarcos. Y es que ella no veía más allá, ni hubiera comprendido toda la jerigonza de las reglas, aunque se las predicaran frailes descalzos. Es preciso advertir que el abate Cladera, de quien parece ser fidelísimo retrato del célebre D. Hermógenes, fué amigote del padre de nuestra heroína, y sin duda aquel gracioso pedapton echó en su entendimiento, durante la niñez, la semilla de los principios que en otra cabeza dieron por fruto *El gran cerco de Viena*.

Ello es que mi ama gustaba de las obras de Comella, aunque últimamente visto el descrédito en que había caído este dios del teatro, al despeñarse en la miseria desde la cumbre de su popularidad, no se atrevía á confesarlo de la corte de literatos y gente ilustrada. Como tuve ocasión de observar, escuchando sus conversaciones y poniendo atención á sus preferencias literarias, le gustaban aquellas comedias en que había mucho jaleo de entradas y salidas, revistas de tropas, niños hambrientos que piden la teta, decoración de «gran plaza con arco triunfal á la entrada,» personajes muy barbudos, tales como irlandeses, moscovitas ó escandinavos y un estilo mediante el cual podía decir la dama en corta situación de apuros: «estatua viva sobre hielo,» ó «rencor, ¡injamos... encono, no disimulemos... caute-la, favorecedme...»

Recuerdo que varias veces la oí lamentarse de que el nuevo gusto hubiera alejado de la escena diálogos concertantes como el siguiente que pertenece, si mal no recuerdo, á la comedia «La mayor piedad de Leopoldo el Grande.»

Margarita	Vamos, amor....	
Nadasti		Odio....
Zrin		Duda.....
Carlos	Horror....	
Alburquerque		Confusión....

Ulrica

Los seis

Martirio....

Vamos á esperar que el tiempo
diga lo que tú no has dicho.

Como este género de literatura iba cayendo en desuso, rara vez tenía mi ama el gusto de ver en la escena á *Pedro el Grande en el sitio de Pultowa*, mandando á sus soldados que comieran caballos crudos y sin sal, y prometiendo él por su parte almorzar piedras antes que rendir la plaza. Debo advertir que esta preferencia más consistía en una tenaz obstinación contra los Moratinistas que en falta de luces para comprender la superioridad de la nueva escuela, y en que mi ama, rancia é intransigente española por los cuatro costados, creía que las reglas y el buen gusto eran malísimas cosas, sólo por ser extranjeras, y para dar muestras de españolismo bastaba abrazarse, como á un lábaro santo, á los despropósitos de nuestros poetas calagurritanos. En cuanto á Calderón y á Lope de Vega, ella los tenía por admirables, sólo porque eran despreciados por los clásicos.

De buena gana me extendería aquí haciendo algunas observaciones sobre los partidos dramáticos de entonces y sobre los conocimientos literarios del pueblo en general y de los que se disputaban su favor con tanto encarnizamiento; pero temo ser pesado y apartarme de mi principal objeto, que no es discutir con pluma académica sobre cosas tal vez mejor conocidas por el lector que por mí. Quédese en el tintero lo que no es del caso, y sigamos, una vez que dejo consignado el gusto de mi ama, que hoy afearía á cualquier marquesa, artista ó virtuosa de lo que llaman el gran mundo; pero que entonces no era bastante á obscurecer ninguna de las inagotables gracias de su persona.

Ya la conocen ustedes. Pues bien, voy á contar lo que me he propuesto... pero por vida de!... ahora caigo en que no debo seguir adelante, sin dar á conocer el papel que por mi desgracia desempeñé en el ruidoso estreno de *El sí de las niñas*, siendo causa de que la tirantez de relaciones entre mi ama y Moratin se aumentara hasta llegar á una solemne ruptura.

II

El hecho es anterior á los sucesos que me propongo narrar aquí; pero no importa. *El sí de las niñas* se estrenó en Enero de 1806. Mi ama trabajaba en los *Caños del Peral*, porque el Príncipe, incendiado algunos años antes, no estaba aún reedificado. La comedia de Moratin, leída varias veces por éste en las reuniones del Príncipe de la Paz y de Tineo, se anunciaba como un acontecimiento literario que había de rematar gloriosamente su reputación. Los enemigos en letras, que eran muchos, y los envidiosos, que eran más, hacían correr rumores alarmantes, diciendo que la tal obra era un comediación más soporífero que *La mojigata*, más vulgar que *El barón*, y más anti-español que *El café*. Aún faltaban muchos días para el estreno, y ya corría de mano en mano sátiras y diatribas que no llegaron á imprimirse. Hasta se tocaron registros de pasmoso efecto entonces, cuales eran excitar la suspicacia de la censura eclesiástica, para que no se permitiera la representación; pero de todo triunfó el mérito de nuestro primer dramático, y *El sí de las niñas* fué representado el 24 de Enero.

Yo formé parte, no sin alborozo, porque mis pocos años me autorizaban á ello, de la tremenda conjuración fraguada en el vestuario de los *Caños del Peral*, y en otros oscuros conciliábulos, donde miseramente vivían entre *cendales arachneos* algunos de los más afamados dramaturgos del siglo precedente. Capita-